

# Fin de partida

Alberto Ruiz de Samaniego

Cuando yo *have done with the world*, habré creado una masa amorfa (transparente), y el mundo, con toda su complejidad, se quedará a un lado, como un cuarto trastero nada interesante. ¿O quizá sea mejor decir: todo el resultado de todo el trabajo es dejar a un lado el mundo. (El arrojar el mundo entero al cuarto trastero)?

L. WITTGENSTEIN

«Time –decía Hamlet– is out of joint». El tiempo del mundo –y el mundo, por tanto– está ya fuera de sus juntas, o goznes; lo que es como decir: el mundo está loco, o perdido: fuera de quicio. Pareciera que ahora se hubiese al fin cumplido esa intención de arrojar el mundo al cuarto trastero. Pues bien: he ahí lo que nos propone Cristina Ramírez. Un mundo echado a perder y extenuado más allá de sí por impulso de una extranjería que –diríamos– lo habita en lo más íntimo. Utopía negativa por fin desplegada, trastero: lugar del no-lugar. Efecto como de cósmica conspiración, como sugiere el título de alguna obra de Cristina Ramírez. Al modo, también, de una novela excéntrica y fascinante por su delirio imaginativo, que la artista ha fatigado con placer y provecho: *La casa en el confín de la Tierra* de W. H. Hodgson.

Philip K. Dick, evocando –como aquí hacemos con Cristina– el fin del mundo por la entropía, lo imaginó como un enorme montón de chatarra, y lo denominó *Kipple*. Cristina lo imagina más bien como un efecto de soterramiento, una imparable descomposición o astillamiento de toda estructura, tanto de mano del hombre como de carácter orgánico o natural. Los troncos, los pilares, las sustentaciones y moradas que el hombre ha construido se quiebran, se tronzan violentamente o se desmoronan, crujen en devastación, son tragados como por una imparable potencia de abismo y de explosión, o quizás de implosión. Vemos, en todo caso, cómo se afilan en ángulos dramáticos cuyos inéditos, imprevistos quiebros o zigzagueos dan cuenta, efectivamente, de la fuerza descomunal e incomprensible de una fatal devastación. No obstante, podría valer también para las imágenes de Cristina Ramírez este término inventado por Philip K. Dick: *Kipple*. Sería, si queremos, el estado de las cosas una vez que éstas han sido ya

despojadas de todo su valor de finalidad: convertidas como por acaso en enigmáticos signos sin designio. Fragmentos de mundos rotos, abandonados, como trozos de naturaleza desgarrada o pecios náufragos de un planeta a la deriva, condenado, incluso maldito, como en la casa de los confines de Hodgson. El blanco de la aniquilación hace entonces su presencia, su acto como de borradura total, cósmica: planetaria. Lo que vemos, entonces, es una masa amorfa preñada, por decir así, de transparencia. Masa o materia bruta, desnuda, monda y lironda: *tal cual*; carente por ello de cualquier uso o disponibilidad. *Out of joint*. Fuera del tiempo. Lo que allí vemos, desnudez de las cosas después del mundo -pues el mundo vendría a ser como vestir a los seres, hacerlos *mundanos*-, es el Ser revelado. *Reposo*, por usar un título de Cristina. El Ser *tal cual*, sin ningún tipo de adherencias ni determinaciones: un *Apocalipsis*. Literalmente el momento de la revelación, del des-velo (*Apo*: preposición que indica supresión, *caluptein*: esconder). Ahí está, ha sucedido el descubrimiento del misterio que quizás por nuestro celo o cuidado guardaban las formas. Así, en su comentario a Mateo dice el Crisóstomo: «Nada tendremos que responder aquel día, cuando el cielo, la tierra, el agua, el sol, la luna, los días, las noches y todo el universo levante su voz contra nosotros denunciando ante Dios nuestros delitos; pero aunque todas las cosas callaran, no callarán ante el Señor en contra nuestra y darán testimonio de nuestros pecados».

Y Jeremías: «Llegará el día en que nuestras obras quedarán tan patentes como si las hubiéramos pintado en un cuadro». Como en absoluta transparencia.

Estos objetos o paisajes, estos montículos y agujeros, estas construcciones ajenas ya a todo cálculo, no entran en la naturaleza de lo real, sino que penetran, como Orfeo, en el dominio de la pura imposibilidad. El funcionamiento simbólico de los negros en los dibujos de Cristina Ramírez es, en este sentido, sintomático. Si pudiésemos acceder todavía como hombres a esta región de *lo imposible* descubriríamos a buen seguro aquello que, acaso, descubrió con fascinación y terror el narrador del relato de Hodgson. Esto es: lo que sea el Espacio, el Espacio a secas, puro, absoluto, el fondo negro donde se producen todas las transformaciones y los seísmos, las apariciones y las devastaciones mayores: ese lugar del todo extraño donde lo que se llama hombre muy bien pudiera haber desaparecido. *Kipple* sería entonces lo más semejante al infierno.

El hombre bíblico o profético –quizás tan sólo el hombre imaginativo– vive constantemente bajo este apremio. Apremio que equivaldría al cumplimiento de lo que, con Cristina Ramírez, llamaremos *viejas profecías*. O, como dijeron los teólogos algunas veces, vive *percibiendo el olor del fin de los tiempos*. De hecho, la propia

historia nace de esta amenaza; es la amenaza misma del tiempo histórico. Que la historia culmine para revelar su sentido implícito, aquél que la había engendrado. Con la primera venida de Cristo llegó la plenitud de los tiempos (*Gálatas* 4,4). Cuando llegue por segunda vez se dará su clausura. Y el fallo, finalmente, se nos dice, se ejecutará sin demora, en aquel mismo instante, con la rapidez de un abrir y cerrar de ojos. *In ictu oculi*, resuena por toda la emblemática, medieval, renacentista o barroca, de las postrimerías.

La expresión castellana «en un abrir y cerrar de ojos» constituye uno de esos giros idiomáticos difíciles de asimilar por otras lenguas. En alemán, el sustantivo *augenblick*, «momento», significa literalmente «mirada de los ojos», una expresión entonces asimilable a nuestro «abrir y cerrar de ojos». Este correlato ilumina, repentinamente, la admonición bíblica, lo mismo que –creo– también estos dibujos y murales nos proponen. Sería entonces como si la presencia de las cosas en el tiempo –y también el tiempo mismo– sólo viniesen dados por la visión, la visión en cuanto única percepción del acontecimiento. Como si sólo ello le dotase de la suficiente esencialidad como para que constituya un instante diferenciado, un «momento» (*augenblick*), en el curso del tiempo. En un abrir y cerrar de ojos, en un instante, el mundo llegará, pues, a *su momento*. Las cosas, que hasta entonces no se mostraban más que bajo la imposición de un velo de orden, estables, por tanto, pero inesenciales, se diferenciarán radical, violentamente de sí, o de ese estado de fijeza, alcanzando, por un efecto exterior de suma agresividad, la absoluta transparencia y, con ella, su corrosión, su demolición total. El mundo, por fin, instantaneizado, grafiado en su parpadeo definitivo, quedará patente, pintado, hecho un cuadro.

Por esto mismo, acaso todos los cuadros o imágenes que antes hayan sido apuntan a este mortífero ideal de transparencia. A este momento o visión postrera que abre lo *sin-tiempo*; un instante que, sin embargo, no termina nunca de hacerse presente del todo, que no se deja pintar, por decir así, entero. Así pues, toda pintura aspira a que, a su través, el movimiento de abrir y cerrar los ojos con que acompañamos al tiempo dotándolo de presencia, pautándolo, se quiebre y se interrumpa. Y por eso también, esta obra que busca el pasmo apocalíptico, que lo palpa con dedos deseantes, buscando ese momento que es centro de visión, reunión de todas las cosas y su reposo imposible en la presencia suprema de la cosa en sí, no puede más que mirar siempre hacia la descomposición y la muerte. Un morir que, siendo el límite delegado del instante, es a la vez nuestro límite y nuestro desconsuelo. Pues buscando en la muerte el momento

postrero en los cuerpos del mundo, ella misma tampoco se hace nunca enteramente presente. Ella misma, un infinito de lentitud o de velocidad extremos siempre antes o después de nuestro parpadeo, no termina de producir su momento o su cuadro definitivo. Ella es, justamente, la derogación de lo presente y del tiempo del(o) presente. Lo que, produciéndose, no tiene momento, la duración que jamás será pintada y que, por ello, exige y busca pintarse desde Altamira o Lascaux. Es la exigencia misma del dibujo o de la pintura.

Ahora bien, tan pronto como se acabe la historia de que antes hablábamos, el habla perderá el sentido, la dirección que únicamente le daba la posibilidad del cumplimiento histórico. Justamente esto es lo que, al decir de algunos, está ahora ocurriendo, y por ello acontece, por ejemplo, el fin de la representación, la confusión indiferenciada hasta la propia extenuación de todos los discursos, se quieran filosóficos o meramente ficcionales. La tierra, planeta agotado, será entonces como un espacio errante y húmedo, un lugar otoñal o helado, ensimismado, carente de cualquier resonancia. Un inmenso blanco. Resplandecerá entonces de nuevo tan sólo la verdad del Ser como razón intemporal del musgo, de la piedra, el humo, la madera quemada o roída, o de la maleza, esas pequeñas especies primitivas que han estado sobre la superficie del planeta durante cientos de millones de años y que, sin duda, nos sobrevivirán.

Contamos con una terrible confirmación de este proceso catastrófico: la Zona Prohibida que ha generado el desastre nuclear de Chernóbil. En Bielorrusia, en pleno centro de Europa, una extensión de 30 kilómetros se ha convertido en el vacío real del mundo, espacio de dominación de una trascendencia secreta, prohibida e invisible que se manifiesta en forma de esa muerte también invisible que hemos llamado radioactividad en el mundo civilizado<sup>1</sup>. Es la Zona Prohibida que se ha generado por las radiaciones de la central nuclear de Chernóbil. Allí donde nadie, por orden gubernativa, puede entrar; en ese dominio teóricamente desalojado, habitan sin embargo en soledad esencial seres como despojos de la existencia: vagabundos, campesinos sin papeles, desterrados de otras guerras, iluminados del trasmundo. Y la naturaleza se vuelve a mostrar en sus formas puras, revelada de nuevo sin mediaciones. Como si la Zona, también llamada Oasis, constituyese el cáustico refugio del último hombre frente al

---

<sup>1</sup> Un poder que se difumina, y que por ello nos trasciende, representa el más extremo poder. Poder difícilmente catalogable, sin determinación. Potencia pura y absoluta que, al igual que Dios o el demonio, acecha por cualquier parte.

mundo, o tal vez incluso del universo cara a sí mismo. Todo allí, no obstante, se halla apestado por una fuerza extraña, irrepresentable. Todo envuelto por la inminencia de una muerte no por emboscada menos acechante. Pero precisamente por esta ambigua cercanía salvaje de un tránsito definitivo, por esta suspensión sublime y siniestra a que lo real se halla condenado, es por lo que la Zona ha transformado todas las imperfecciones del mundo en un lugar utópico de purificación extrema y desgracia impenetrable. Zona como fin de partida: Zona de exclusión, la llama la burocracia al uso. Afuera del tiempo de lo real. *Kipple*.

¿Qué representa la Zona? ¿Qué es lo que nos revela? Quizás el lugar donde la humanidad pierde el sentido. El problema de la indeterminación misma y de la trascendencia. El surgimiento de una naturaleza otra o Ser desentrañado cuyo poder supera nuestra capacidad de comprenderlo o conceptualizarlo. Nuevo lugar de apertura para una instancia sagrada, espacio de donación del milagro de lo imposible. Cruel nirvana como explosión final o extinción, como liberación de un ciclo de muertes y reencarnaciones. Ahí esta la morada de Hodgson, y también los dibujos de Cristina Ramírez.

Es posible que por ello haya trascendido la maravillosa sensación de libertad absoluta que se experimenta en la Zona. Existe ya una palabra para definir ese sentimiento: es el *Kaif*, una impresión de felicidad suprema, se ha dicho. Como si nos fuese revelado el mundo en una total, última e infinita transparencia. «Es la victoria sobre uno mismo, la forma en que uno sobrevive a la abolición de su propia existencia», dice un superviviente de la Zona. En Rumanía existe una costumbre, de origen eslavo o balcánico, que propicia el encierro periódico durante tres días en la Fiesta. El mundo se interrumpe en un ritmo de juegos, comida, vigilia, placer de la noche, erotismo: gasto. Es el *Kief*. Gautier, en su conocido cuento *El club de los hachichins* habla del *Kief* como de un bienestar absoluto que sigue a la alegría convulsiva, en la fase tercera de la embriaguez, tras la hilaridad y las visiones alucinatorias. El fumador de *hachisch* siente «una calma sin límites» (Gautier) tan sólo equiparable con una condición postmortal: «Me hallaba en ese periodo bienaventurado del hachís que los orientales llaman el *kief*. Ya no sentía mi cuerpo, los lazos entre la materia y el espíritu se habían soltado; me movía por mi simple voluntad en un medio que no ofrecía resistencia. Es así como imagino deben actuar las almas en el mundo aromático adonde iremos después de nuestra muerte.»

Como si, asimismo, estos seres por accidente esenciales comprendiesen su destino no de una forma estrictamente antropomórfica, sino como el automático mecanismo reflejo de la propia ley natural cuyo implícito discernimiento permitiría desde el infinito la abertura del Ser más allá de este su histórico final. Después de la muerte misma. «Así había de ser, tarde o temprano», afirma otro. Y la Zona entonces se convierte en una majestuosa metáfora del corazón mismo de un universo que ha reaccionado, acaso por primera vez, ante la amenaza que el velo del trabajo histórico del hombre estaba construyendo. Como si la Zona nos anunciase, al modo de un *tableau vivant* profético, el momento en que, agotados todos los recursos y discursos, quemados todos sus instantes en un inmenso caleidoscopio ígneo que va paralizando, dejando «en cuadro» todos nuestros cuerpos y objetos, acercándonos, pues, a nuestro fin, que será nuestro dibujo, se pudiese restablecer, en el raso del mundo, en ese inmenso *Kipple* que es como el universo invertido, una floración de nuevo transparente, rica y arcaica. Tan arcaica que no sabría del tiempo, ni de sus parpadeos. En *El libro de las semejanzas*, de Edmond Jabès, se habla también de él: «Nos destruiremos sin cejar, pues al final de toda destrucción está la inmensa abertura del cielo. Un día, escribiremos, como Dios en el cielo, el invisible libro de la muerte. Dejaremos de leer a Dios. Seremos leídos. Transparente es lo infinito de todo fin».

## CODA

No hace mucho, apenas un año, se encontró lo que la prensa definió como «el dibujo más antiguo de la humanidad». Un equipo internacional de arqueólogos había encontrado, al parecer, el primer dibujo. Se trata de un sencillo trazo en forma de zigzag hecho hace más de cuatrocientos mil años. Su autor no era un *Homo sapiens*, ni un neandertal, sino uno de los miembros más primitivos de nuestro género: el *Homo erectus*. Lo más fascinante, resaltaron los autores del hallazgo, es que el trazo se realizó unos trescientos mil años antes de que los primeros miembros de nuestra especie empezasen a hacer dibujos similares. Ese trazo delimitaba, como decimos, la evolución de una línea que se quiebra, que se altera en la forma de una angulación dramática, un zigzagado.

La geometría es el principio y el fin. El origen está agazapado en los ángulos. Allí también se halla el ángel, y la angustia. Ángulo, ángel, angustia, tres palabras que

comparten la misma raíz etimológica, tres palabras que nos acercan al universo de Cristina Ramírez. Las tres son las palabras del origen y del fin.